

proximidad y en su distancia siempre, respecto a esas tres posibilidades de amar. ¿Romanticismo? Tal vez haya ascuas de esa corriente en Machado, él confesó siempre que se sentía algo romántico.

Pero amor es soñar, amar es sueño. Cuando «el amor comienza a ser consciente de sí mismo», lo reitera Abel Martín. No obstante, el contrapeso surgía de otro diálogador machadiano, de Juan de Mairena: «Estimad a los hombres por lo que son, no por lo que parecen» y que en nueva sentencia maireniana nos obliga a darnos cuenta de la hondura del diálogo del amor, ya sea pensado, ya sea, pregonado, ya sea experimentado: «El que no habla a un hombre, no habla al hombre; el que no habla al hombre, no habla a nadie».

Ya estamos prevenidos, y hasta el propio Machado lo está ¿Adónde irá, pues, el amor?

La situación es concreta, todo se redondea y se precisa, las palabras y los sentires de la poesía de amor, la noria en su agua. ¿O es que cabe otro derrotero y otra recepción de los sentimientos? Amar y vivir y soñar, la ecuación más completa. Antonio Machado diseña ese perfil en dos momentos muy diferentes. Nos dice en «Los complementarios»:

*Entre el vivir y el soñar
está lo que más importa.*

Y en «Nuevas canciones», ya en 1924, otros versos suyos se adentraban en misterios de la psicología amorosa:

*Un corazón solitario
no es un corazón.*

El alcance emocional lo proporciona el lenguaje y con tal vehículo se va de la intuición-poesía al realismo-vida. Como incremento de la interioridad, como desdoblamiento en problemas y dichas. El amor, con los lienzos de la memoria, naturalmente, y es lo que arde en las últimas palabras escritas por Antonio Machado, en el puertecito de Collioure, en febrero de 1939, y que en papel arrugado halló su hermano José; me refiero a aquello de:

Estos días azules y este sol de la infancia.

La expresión lírica, los lazos de los recuerdos, la inextinguible flama de lo amado, el amor, y la creación:

Todo amor es fantasía

y lo vuelve a decir de otro modo:

No, mi corazón no duerme.

1.2. *Su madre*

Antonio Machado adoró a sus padres y, acaso de modo especial, a su madre. Los azares de la vida y de la guerra de España, hicieron que pese al peso de los años y al quebranto de la salud física y mental, la madre del poeta fuese a morir junto a su hijo, y enterrada se halla también en Collioure. El poeta, en el viaje del exilio, con ternura la miraba y la cuidaba. Es lo que han contado testigos de aquel entonces. Pero en las galerías del alma dejó que se alojara su amor, y no en sus textos. Sólo rastreando se hallan ecos y más bien deshilachados. Pero tenía importancia para el poeta ese querer, el que recibiera de su madre y el que él devolvía.

1.3. *Leonor*

La gran tragedia de su existencia. El amor y la muerte. Visto y no visto, aunque dejando un poso amargo y cuya constancia duró años y años en la sensibilidad machadiana. Leonor, la jovencilla amada y muy pronto desaparecida, la herida entreabierto y de muy difícil cerrazón, arrebatada por la enfermedad. Amores en Soria, amor en la altiplanicie fría y desolada, siendo floración la mirada y la vida de Leonor. Queja y lamentación, así fue la voz machadiana, no el canto para lo presente, sino más bien para lo perdido, con «el desgarrón de las entrañas». Es en «Campos de Castilla» donde trasluce la que-
rencia y el dolor:

*Sentí tu mano en la mía,
tu mano de compañera,
tu voz de niña en mi oído
como una campana nueva,
como una campana virgen
de un alba de primavera.*

Y en estampa de muerte, tormenta trae el tiempo para dejar atormentado al poeta:

*Una noche de verano
—estaba abierto el balcón*

*y la puerta de mi casa—
la muerte en mi casa entró.*

..... *
*Mi niña quedó tranquila,
dolido mi corazón.
¡Ay, lo que la muerte ha roto
era un hilo entre los dos!*

Soria, con fértil energía en la memoria, por aquellos campos y aquellos barrios, por allí, entre encinares y cerros, «mi corazón está vagando en sueños», nos dice. El monte, el cementerio, los paseos, El Espino, y la irreplicable alegría de vivir, tan sólo persiste, tozudamente, el fluir de la sangre en su soledad:

*¿No ves, Leonor, los álamos del río
con sus ramajes yertos?
Mira el Moncayo azul y blanco; dame
tu mano y paseemos.*

«En las «Nuevas canciones» se yergue de nuevo el recuerdo y el ausente diálogo en todas sus dimensiones, el poeta añora aquel pasado feliz; porque ahora, sólo hay:

*... ¡Desierta cama,
y turbio espejo y corazón vacío!*

Antes, en carta a Juan Ramón Jiménez, en 1912, ya le contaba Machado sus temores: «Hace dos años me casé y una larga enfermedad de mi mujer, a quien adoro, me tiene muy entristecido». Tanto fue así, que esta tristeza se hará casi fiel silueta del poeta, nunca desaparecerá más de su rostro. La ternura, cuidarla, y esa tremenda ruptura que lleva por nombre «muerte», lo ciego, lo sordo, lo ajeno, lo incomprensivo, todo aquello que en machado no existía, todo cuanto el poeta rechazaba. Y al producirse la separación, el poeta escribe, dolidamente:

Señor, ya me arrancaste lo que yo más quería.

1.4. *Guiomar*

Con el tiempo y nuevo verdear de primaveras, surgieron nuevas relaciones, nuevas amistades, nuevos amores. Y también otro amor femenino: Guiomar, y surgirá la oleada apasionada, el fuego de un

amor tardío pero intenso, con estilo machadiano, desde luego. O sea, amor más bien secreto, y platónico.

Una mujer, una llamada, una relación que se cobija bajo la palabra «Gulomar». Con los años, se descubrirá la identidad. ¿Qué importancia tiene el que sea en realidad Pilar Valderrama o que tenga otro apellido? Lo interesante, es que el poeta acuda a esa llamada, que se prenda de esa mujer, que la sueñe y la cante. Así fueron surgiendo sus «Canciones a Guiomar». Una mujer como diosa y como blanco en estrofas muy hondas, iniciadas en 1929 parece ser:

*Tu poeta
piensa en ti.*

O sea, una realidad para el poeta, un incendio en sus sentimientos, y al viajar desde Segovia a Madrid, y viceversa, va soñando, organizando encuentros, reuniones de amor y exaltación, la mujer siempre presente ahora en sus versos:

*La damita de mis sueños
se asoma a mi corazón.*

Cartas y estrofas, afirmación que durará hasta el verano de 1936, en forzosa separación por la guerra; pero el poeta le escribe, y le dice: «Porque tú eres —no lo dudes— el gran amor de mi vida». Seguro que fue así. Las circunstancias canalizaron esos sentimientos, erizaron fronteras insalvables los destinos de la guerra:

*De mar a mar entre los dos la guerra
más honda que la mar. En mi parterre
miro a la mar que el horizonte cierra.
Tú, asomada, Guiomar, a un finisterre.*

El final de la tierra, y no el final de un amor. Eso lo escribió desde Valencia, y antes, mucho antes, le recordaba su constancia, su lealtad de amar:

*Gulomar, Guiomar,
mírame en tí castigado:
reo de haberte creado,
ya no te puedo olvidar.*

Amor machadiano que no olvidaría, que no podía volverse ceniza: «¡Siempre tú!, Guiomar, Guiomar...» Pese a todo, los peligros de la duda y del olvidar, sea quien fuere y como fuera:

*..... No prueba nada
contra el amor que la amada
no haya existido jamás.*

Pero hubo presencia, la amada axistió en carne y hueso, las citas en Madrid eran esperanza para el poeta. ¿Una fulgurante etapa? Todo es posible, pero ¿cómo quitarle lo bailado? Me refiero a una energía aumentadora de dicha, la motivada por la amada, en su presencia o en su lejanía, algo ya anclado:

*¡Sólo tu figura
como una centella blanca
escrita en mi noche oscura!*

A mal tiempo, buena cara; Machado se aferra al amor, a los vuelos de su corazón, que inventa con hermosura y gozo cuanto su vida necesita:

*inventa el amante y, más,
la amada.*

Soliloquio y diálogo, la inserción eterna de dos seres, y lo recuerda una quarteta machadiana conocida:

*Los ojos por que suspiras,
sábelo bien,
los ojos en que te miras
son ojos porque te ven.*

El amante, la amada, el amor, lo que para siempre le acompañará, meses y meses en su juego de cuatro estaciones, y al pensar en Guiomar, en sus «Coplas» escritas en Valencia, seguramente a fines de 1937, o ya acaso en 1938, en invierno, dice:

*azotan el limonar
las ráfagas de febrero.
No duermo por no soñar.*

La siemprevela del poeta, la siemprevela del amor. Tormentas entre naranjales y olivares:

*Tengo un olvido, Guiomar,
todo erizado de espinas.
Hoja de nopal.*

1.5. España

Dolencia honda, aletear esperanzado, así es la senda contradictoria y normal en Machado. España, pueblo en su trabajo y en su poesía. España en arranque desde abajo, en la observación de lo andaluz y luego de lo castellano, España con cortes sociológicos, la España que es y acaso sea, junto a «la España que pasó y no ha sido». Una lenta reflexión machadiana le llevó al tuétano de las cosas del país, a la vida y sueño de los hombres en sus regiones propias, España en sentimiento preocupado y, por ende, hasta conflictiva. España en su enfrentamiento de posibilidades, las que pasan sin llegar a ser historia, y las que pueden pasar para ser médula histórica. Ideal y vivir en una España de plurales, o sea, las dos Españas, las tres Españas. Dando la palabra a Juan de Mairena, Machado explica en «De un discurso político» la hondura de su pensar, el alcance de sus realidades sentimentales, aunando la vastedad del país, sin parcelación alguna: «... la mitad de nuestro corazón se queda en la patria chica; pero la otra mitad no puede contenerse en tan estrechos límites; con ella invadimos amorosamente la totalidad de nuestra gloriosa España». Nada de limitaciones, sin embargo, porque «si dispusiéramos de una tercera mitad, la consagraríamos íntegramente al amor de la humanidad entera». Amor con diálogo, la urgencia de necesarias explicaciones. Pero... una intervención de Juan de Mairena lo respalda y con tristeza confiesa Machado: «En España no se dialoga porque nadie pregunta, como no sea para responderse a sí mismo». Años que fueron y pasaron, años que dejaron hincadas las espinas en Machado. Y el poeta pregunta y habla y su ansia es dialogar. ¿Quién le escucha? ¿Quién va a cruzar el fuero de las palabras acarreadoras de acciones y todo en la amplia solidaridad comprensiva? Nada de corazón en soledad, que entonces no es corazón, y afirmando siempre lo que en sus «Nuevas canciones» dijo y repitiera sin cesar:

*El adjetivo y el nombre,
remansos del agua limpia,
son accidentes del verbo
en la gramática lírica,
del Hoy que será Mañana,
y el Ayer que es Todavía».*

Una gramática histórica que también es mágica y lírica, la poesía de historia del pueblo, en su recorrido que nunca se borra, eslabones de hoy hacia ayer y hacia mañana, ahí está Machado sitiado y situa-

do, como asediado en sus tentativas de captación del tiempo de España. ¿No es puro amor?

Hay una dualidad de enfoque, desde versos de «La tierra de Alvar-gonzález» con paisajes en el corazón de España, con «tierras pobres, tierras tristes, / tan tristes que tienen alma» hasta el grito gozoso y definitivamente machadiano de «¡Hermosa tierra de España!», pasándose en la encrucijada que es vértice y dispersión de caminos a los hombres del país, en «Proverbios y cantares»:

*Ya hay un español que quiere
vivir y a vivir empieza,
entre una España que muere
y otra España que bosteza.
Españolito que vienes
al mundo, te guarde Dios.
Una de las dos Españas
ha de helarte el corazón.*

Escalofrío en versos tan proféticos, tan rotundamente auténticos en su tiempo y en su situación de historia. Le cansaba así la vida al poeta, ¡todo era dolor de España! Con aquellos «olivares polvorientos / del campo de Andalucía» y el dilema de posible tragedia entre la España que ora y la España que alborea, entre la España inferior y esa otra España que nace, «la España del cincel y de la maza... / España de la rabia y de la idea». («El mañana efímero», escrito en 1913). La distancia es vivir y soñar, la profesión de la fe en España y sin parábola alguna.

Entre el vivir y el soñar, España. Siempre. Entre 1936 y 1939 no hubo sino intensificación de esta presencia, y sus poesías escritas en Valencia sobre todo lo atestiguan. Aunque más tristemente que nunca. Más dolidamente, y máxime al pensarla «vendida toda / de río a río, de monte a monte, de mar a mar» (Meditación del día). La espina ya no podría quitársela, y con ella, con España chica y grande, moriría, con esa sangre de amor.

1.6. *El hombre*

¿Cómo no pensar en una temática tan tercamente real y presente en Machado? Casi tentado estoy por decir que es su esencialidad. En un plan de respeto y de amor, la voz siempre dialogadora y escuchadora. Lo humano, la bandera altamente sostenida por Machado. En niveles de comparación acendrada. Sin más y sin menos. En la